

Henríquez, dedicado al negocio del transporte por mulas entre los dos océanos desde 1848 por lo menos, Nathaniel Brandon, judío sefardita de Kingston, Jamaica, como Ralph Belinfante, Emmanuel Lyons, Nathaniel y David Motta y Samuel Salmon, quienes huyen de la epidemia de cólera que se declaró en esa isla en 1851. Mientras que de Curazao o su sucursal Saint Thomas son los que llegan a principios de 1850 como Jacobo Piza Sasso (1824-1886), Joshua Piza y Joshua Lindo, quien arriba al Istmo en 1857. Para resumir, se han identificado cuatro troncos familiares alrededor de los cuales se integrará, en la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del siglo XX, la creciente comunidad de origen sefardita caribe de Panamá: Joshua Piza (1772-1850) nacido en Amsterdam aunque fallecido en Saint Thomas, Samuel Levy Maduro (1789-1867) de Curazao de donde eran igualmente Benjamín Shalom Delvalle (1811-1876) y David Cardoze (1824-1894), cuyos hijos llegan al istmo panameño en el siglo XIX. Así vemos cómo muchos nombres de la diáspora judía española del siglo XVI, después de un paso por los Países Bajos en los siglos XVI y XVII, terminan en Panamá en esta segunda mitad del siglo XIX. Con sólidos vínculos familiares y de intereses económicos en las islas del Caribe y en las principales plazas comerciales y financieras del mundo en Nueva York, Amsterdam, Hamburgo y Londres, con una fácil y frecuente movilidad geográfica y con el dominio del bilingüismo español-inglés, además del holandés y el papiamento, a veces el francés y el alemán, la interesante comunidad judía aporta a Panamá valiosos conocimientos, experiencias y habilidades en el campo comercial para asegurar así, en gran parte, el funcionamiento exitoso de la economía terciaria, por lo menos durante los períodos de auge, y la función histórica de brindar servicios comerciales y de transporte al mercado internacional. Esta comunidad original, con gran vigor demográfico, condición biológica de supervivencia, adaptada desde hacía más de un siglo a las condiciones bioambientales del trópico antillano muy semejante al panameño, se arraiga rápidamente y establece estructuras endogámicas muy fuertes<sup>1350</sup> y una cohesión grupal raramente igualada en la historia de Panamá. Las relaciones familiares nacidas de la intensa endogamia y la solidaridad clánica de un grupo con permanente mentalidad de pionero hace que funcione, durante largo tiempo, como un grupo paralelo de tipo estamental, una república de los primos a su manera, dentro de las clases dominantes de Panamá en la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX, para luego integrarse cada vez más plenamente a la burguesía nacional de la época actual.

Las cifras nos revelarán la importancia de la nueva burguesía extranjera dominante, rival de la antigua república de los primos de fines del siglo XVIII, remozada en parte durante el siglo XIX. Ya en 1849, al inicio de la California, los comerciantes extranjeros dirigen los mejores negocios de importación-exportación, los almacenes y la hotelería.<sup>1351</sup> En 1856, entre los 20 primeros comerciantes de la ciudad de Panamá, sólo registramos a 3 panameños de nacimiento, todos producto de una inmigración muy reciente, del mismo siglo XIX (Planas, Hurtado y Plicet).<sup>1352</sup>

En 1863, en el mejor momento de auge mercantil provocado por el tránsito activo del ferrocarril, un grupo de 18 individuos y sociedades mercantiles paga los impuestos

---

<sup>1350</sup> *Ibidem*. Los autores exponen como ejemplo la evolución genealógica de cuatro troncos familiares: Piza, Maduro, Delvalle y Cardoze, «cuyas ramas familiares van entrelazándose en una serie de matrimonios» dentro de una estructura de la más rigurosa endogamia. pp. 112-135.

<sup>1351</sup> Alfredo FIGUEROA NAVARRO, *Dominio y Sociedad en el Panamá Colombiano (1821-1903)*, op. cit., pp. 302-303.

<sup>1352</sup> *Ibidem*, p. 305.

comerciales más elevados de la capital del Istmo.<sup>1353</sup> Entre ellos no encontramos más que 2 panameños, uno de los cuales, la sociedad Planas y Obarrio de banqueros recientes, es por cierto aquel que ocupa el primer lugar,<sup>1354</sup> sitio que no conservará mucho tiempo. En 1875 otros comerciantes como las sociedades Hourquet y Poylo, M. Heurtematte, Samuel Piza, Piza y Piza, Depli Salmon, Henry Ehrman, David Goldsmith e Issac i Asch lo superan en importancia.<sup>1355</sup> Ese mismo año a pesar de la recesión económica que duraba desde hacía siete años, los comerciantes extranjeros dominan el comercio de la ciudad de una manera abrumadora. El grupo de 24 comerciantes más ricos de la ciudad de Panamá en 1875

impuestos más elevados comprende a 20 extranjeros (83%): comerciantes judíos de origen sefardita, franceses, italianos, y solamente 4 panameños de nacimiento (incluyendo los colombianos). Este grupo paga los impuestos cuyos índices están comprendidos entre 1.0 y 4.5. Once años más tarde,<sup>1356</sup> en el mejor momento del auge económico provocado por los trabajos del canal francés, 45 comerciantes se encuentran en la misma situación en la ciudad de Panamá (todos aquellos que pagaban en el mes de mayo de 1886 de 100 a 456 pesos). Ellos representan 9.6% de los contribuyentes que participan con el 65.1% de los impuestos comerciales. Los panameños y colombianos de nacimiento son aquí un poco más numerosos (33%), pero estos 10 personajes están todos asociados a un extranjero. Por otra parte, la ampliación del grupo superior del cual forman parte en 1886 no los ha promovido al mismo tiempo a los mejores lugares: las 21 personas o sociedades mercantiles más ricas, que representan 3.5% de los contribuyentes y 44.4% de los impuestos comerciales cuenta a 3 panameños de nacimiento. El primero, Gerardo Lewis, aparece después de 16 comerciantes más importantes en la ciudad de Panamá en 1886.

Europeos y norteamericanos ocupan los lugares superiores y medios. El estrato medio-bajo tocará a los orientales quienes lo comparten con autóctonos. Si bien es cierto que 72 comerciantes chinos representan en esta fecha 15% de los 467 comerciantes de la ciudad, sólo 5 orientales ocupan las categorías superiores. Otros 57 chinos forman el 30% del grupo de la categoría inmediatamente inferior comprendida entre los índices 0.05 y 0.2. Sólo 9 chinos pagan impuestos comerciales correspondientes a la última categoría, de buhoneros y pacotilleros, en la cual dominan ampliamente los autóctonos, germen inferior de una clase media urbana que se desarrollará más bien en el barrio de Santa Ana. Estos chinos, todos comerciantes, formarán la mitad de una clase media creciente del arrabal estimada en 22% de su población en 1892, con otros más autóctonos, frente al resto, casi todos parte de un proletariado de jornaleros y su franja inferior, el lumpen-proletariado más miserable.<sup>1358</sup>

A pesar de esta muy fuerte preponderancia extranjera que se especializa en los mejores negocios, la oligarquía criolla de principios del siglo XIX conserva, hacia fines del siglo, cierto peso económico. Habiendo perdido el control del comercio, ella se mantiene todavía en un buen nivel en los valores seguros (propiedad urbana, terrenos y edificaciones de la ciudad) que ha heredado de los tiempos de su antiguo dominio económico. Entre los 39 grandes propietarios capitalinos de 1895, con más de 20,000 pesos en propiedades,<sup>1359</sup> no contamos más que 16 extranjeros (40%) de orígenes variados: anglo-sajón, italiano, francés, holandés, sin tener en cuenta a los extranjeros latinoamericanos, sobre todo colombianos. En la categoría menos importante entre 10,000 y 20,000 pesos, no se cuenta más que 10 extranjeros entre los 68 propietarios de toda la ciudad capital. Pero en la cumbre, entre los que tienen más de 30,000 pesos, 13 personas o sociedades en total, sólo hay 4 panameños y, de ellos una, la chorrerana Leona León de Herbruger, es casada con un extranjero, alemán que tenía 32,000 pesos en 5 propiedades. Domina, en lo alto, una sociedad, Panamá Freehold State Co. con 7 propiedades que valen 106,500 pesos, seguida por dos inmigrantes franceses, Jean Baptiste Poylo que llega a 83,800 pesos en 8 propiedades y Henry Ehrman, judío alsaciano, con 9 que suman 80,500 pesos. Apenas después está un panameño, Agustín Arias Feraud, de familia casateniente de origen relativamente reciente en Panamá, de principios del siglo XIX, con 17 propiedades que valen 68,200 pesos seguido por su parienta Isabel Pérez de Arias con 68,000 pesos en 6 propiedades. Después viene un inmigrante francés, Maxime Heurtematte con 11 propiedades que suman 64,500 pesos seguido por Manuela Feraud de Arias, con 53,500 pesos en 8 propiedades. Así se cierra la cúspide de los propietarios inmuebles de la ciudad de Panamá, tanto del intramuros de San Felipe como del arrabal de Santa Ana.

La oligarquía criolla, desprovista de los capitales necesarios para adelantar los negocios de un orden creciente que exige la reanudación del tránsito entre las dos costas, del Pacífico y del Caribe, y los trabajos del canal francés, insuficientemente preparada para la administración cada vez más compleja de la actividad comercial y sin el apoyo y complicidad de las mayores empresas extranjeras establecidas que prefieren tratar con sus propios nacionales, debe contentarse con un segundo lugar, de intermediaria entre los capitalistas extranjeros, las potencias coloniales y las poblaciones panameñas. Esta oligarquía criolla tiene hábitos de parasitismo profundamente arraigados y una modesta ambición.

---

<sup>1358</sup> Alfredo FIGUEROA NAVARRO, *Los Grupos Populares de la Ciudad de Panamá a Fines del Siglo Diecinueve*, op. cit., pp. 16 y 17.

<sup>1359</sup> Según la explotación de las listas de contribuyentes publicadas en la *Gaceta de Panamá* N° 1023 del 26 de diciembre de 1896, N° 1020 de 19 de diciembre de 1896 y N° 715 de 23 de febrero de 1894.

Es, además, ávida de seguridad y conserva el alma de los funcionarios o burócratas que fueron sus antepasados un siglo antes: sus miembros van a monopolizar la función pública y la burocracia de servicios desde esta época hasta por lo menos las primeras décadas del siglo XX. En 1896, entre los 100 empleados de alguna importancia de la administración pública panameña, 50, la mitad, tienen apellidos que se vinculan con la «república de los primos». Sucede igualmente con 20% de los empleados de pupitre de la compañía del canal francés y con 40% de los empleados no obreros del ferrocarril de Panamá, que une Panamá en el Pacífico con Colón en el Caribe, que pertenece a una compañía privada norteamericana.<sup>1360</sup> Sólo en un rubro más tradicional, en el dominio del campo circundante, hasta Chepo el este y Chame al oeste, tiene la oligarquía más tradicional, aquella del final de la colonia, presencia mayoritaria: los dos principales hacendados de Chepo, Eugenio Carrillo y Nicanor de Obarrio con 600 y 475 reses vacunas respectivamente, los grandes ganaderos de Pacora, con más de 800 reses registradas en el catastro de 1872, Ventura F. Hurtado con 1,400, Ricardo Planas Pérez —que también tiene grandes haciendas en Chiriquí— y Fernanda Pérez con 1,000 cada uno, seguidos de José Alba Arias con 900 y los hermanos Hurtado, con 800, mientras que en Arraiján se destaca Margarita Arze de Hurtado con 800 bestias y José María Calvo, en Chame, con 540. Mientras que en la comercialización de la carne vacuna sobresalen los nacionales, siendo Adolfo Arias Feraud el primer matarife de Panamá en 1884. Espacios agrarios que, salvo excepciones, algunas notables, no interesan a los comerciantes extranjeros, los europeos y los judíos, más inclinados por negocios más jugosos, de mayor rentabilidad, sin ningún sentido del dominio sobre la tierra, ni siquiera atraídos por el símbolo de *status* que en otras sociedades otorga el señorío.

En la segunda mitad del siglo XIX a la inferioridad económica de la oligarquía criolla se añade una debilidad demográfica relativa. Para sobrevivir como grupo dominante debe abrirse a los recién llegados y abandonar sus tradiciones de endogamia, por cierto bastante flojas. Así acoge, en la segunda mitad del XIX, antes del auge del canal francés, a gente como James y Archibaldo Boyd, inmigrantes irlandeses, Eloy Alfaro (1842-1912), político ecuatoriano exiliado entre nosotros y exitoso comerciante del «sombrero Panamá», convertido más tarde en uno de los héroes históricos más destacados de Latinoamérica, liberal y anticlerical, presidente y mártir de su país, y algunos más, de menor trascendencia. También Cartagena, el antiguo puerto colonial anquilosado, repleto de gentes antiguas y sin porvenir, se convierte, en esta época, en sitio de emigración de todo tipo, hasta de parte de su élite de origen colonial, hombres que vienen a trabajar a Panamá, a labrarse un futuro mejor en esta segunda mitad del siglo XIX, llegando en su mayoría primero a Colón. Ellos se integran a las diversas capas de la sociedad panameña, incluyendo su cúpula socioeconómica, sobresaliendo nombres como los Recuero, Paniza, Ucrós, Amador, de la Espriella, Galindo y, más bien de Sincelejo, Eusebio Morales (1865-1929), hombre excepcional, ilustrado como pocos, que impulsó grandemente los inicios de la república.<sup>1361</sup> Desde entonces la «república de los primos» se ve amenazada. La concepción estrecha de un grupo ligado biológicamente debe modificarse. El nuevo grupo dominante se reconoce pronto no tanto por un vínculo estrictamente familiar como por una común pertenencia a una clase social materialmente favorecida: se trata de la gran familia de los ricos burgueses. De la sociedad que demuestra una tendencia a estructurarse bajo la forma de cas-

<sup>1360</sup> Según el recuento de las listas de empleados que aparecen en Francisco POSADA, op. cit.

<sup>1361</sup> Ver, sobre todo, Eusebio MORALES, **Ensayos Documentos y Discursos**, Panamá 1977.

tas se pasa, en esta época de nuevo y bajo ciertos aspectos, a la sociedad híbrida, de estamentos, del siglo XVIII.

Las clases dominantes de Panamá hacia fines del siglo XIX no muestran un elenco numeroso, a pesar de un aumento de los números que se vincula al crecimiento demográfico y económico de la ciudad en relación con nuestra contabilidad de 1834,<sup>1362</sup> y hasta aún con aquella de 1814 cuando se contaban solamente 102 burgueses dotados del derecho de voto para elegir a los concejales de la capital.<sup>1363</sup> La alta y mediana burguesía de la ciudad de Panamá que puede ser asimilada al grupo dominante más conspicuo y que provee los dirigentes a la sociedad del Istmo comprende 107 propietarios de bienes urbanos de la ciudad de Panamá censados en 1895-1896;<sup>1364</sup> ellos poseen, cada uno, más de 10,000 pesos; son comerciantes, miembros de profesiones liberales, altos funcionarios de la administración pública, grandes hacendados en las sabanas vecinas. Podemos ampliar este grupo con unas cincuenta familias menos ricas en propiedades urbanas pero suficientemente acomodadas para aparecer en los empréstitos forzosos lanzados por el Estado según la importancia de las fortunas y en las listas de los grandes contribuyentes del impuesto comercial.<sup>1365</sup> El porcentaje de los entierros de lujo,<sup>1366</sup> índice es verdad macabro de una cierta fortuna en Panamá, corresponde bastante, con sus 4% registrados cada año de 1893 a 1895, con las evaluaciones numéricas de la minoría dominante en relación con la población total de la capital. Por otra parte, las distinciones de clase y fortuna son bien sensibles en el momento de la muerte: en la misma época, 11% de los difuntos gozaban para la eternidad de una bóveda más o menos suntuosa. Ellos son ligeramente más numerosos en los momentos de auge, alcanzando tasas anuales de 12% a 15% (1885 a 1888), pero parecen reducirse a 10% aproximadamente en los periodos de depresión.

En esta burguesía poco numerosa, los extranjeros ocupan, por su número, un excelente lugar. En 1873, para una población cercana a los 16,100 habitantes en la ciudad de Panamá, 2,685 individuos de sexo masculino de los cuales 210 extranjeros (7.8%) deben pagar una contribución directa al fisco.<sup>1367</sup> Por cierto, aquí no se trata sólo de burgueses. Un cálculo aproximado de 5 personas por familia arroja 13,500 habitantes o sea, cerca de 84% de la población total. En el primer escalón encontramos 2,000 hombres que ocupan la tercera categoría de los cuales sólo 11 extranjeros (0.6%) que pagan 1 peso cada uno. En la cima, al contrario, los 301 hombres clasificados en la primera categoría representan seguramente a los burgueses. Ellos son cerca de 1.9% de los habitantes de la ciudad que con sus familias componen 10% aproximadamente de la población total. Entre estos 301 individuos más acomodados, tasados a 5 pesos por cabeza, vamos a encontrar 115 extranjeros (38.2%), es decir, ¡más de una buena tercera parte!

Este grupo dominante de un nuevo tipo ocupa el primer lugar en Panamá durante la primera parte del siglo XX. Tres instituciones lo caracterizan: la territorial, la del hábitat

<sup>1362</sup> Argelia TELLO de UGARTE, op. cit.

<sup>1363</sup> A. G. I., Panamá 272.

<sup>1364</sup> Gaceta de Panamá N° 1023, 1020 y 715 ya citadas.

<sup>1365</sup> Gaceta de Panamá N° 840 de 24 de mayo de 1895.

<sup>1366</sup> Entierros de lujo de 1ª clase en bóveda. Según la explotación de las listas nominativas mensuales de las inhumaciones en los cementerios de la ciudad de Panamá publicadas en la *Gaceta de Panamá* para los años de 1893, 1894, 1895 y 1896. Las concesiones en los cementerios se hacían mediante alquiler, lo cual no alienta sino a grupos muy especiales, para pagar una bóveda de 12 pesos mensuales. Ver Francisco POSADA, op. cit. y también Wolfred NELSON, op. cit., pp. 145 ss.

<sup>1367</sup> *Gaceta de Panamá* N° 114 de 6 de marzo de 1873. Según las listas nominativas de contribuyentes.

en el intramuros de San Felipe; la social, de la educación privada; en fin, la de los ocios y la sociabilidad, la pertenencia al Club Internacional<sup>1368</sup> que surge en 1883 y a su sucesor el Club Unión de Panamá. No es un azar si el primer club social de la capital y el más exclusivo en su historia nace a fines del siglo XIX reagrupando, desde el principio, tanto a miembros de la oligarquía criolla como a mercaderes extranjeros. Además, el nombre mismo indica más una apertura que una exclusividad de casta.

Esta sociedad de órdenes no cesa de desarrollarse desde fines del siglo XIX. La administración del ferrocarril, las excavaciones del canal interoceánico, su funcionamiento, atraen un contingente de funcionarios coloniales y técnicos calificados. También las fuertes oscilaciones del comercio atraen y repelen comerciantes extranjeros.

Burguesía doble, híbrida, de la ciudad de Panamá, con sus funciones claramente definidas: el grupo extranjero que será sin duda la clase comercial por excelencia, la burguesía mercantil y el grupo criollo más arraigado, de administradores y funcionarios, intermediarios de segunda categoría. Estos, que económicamente podemos clasificar entre los rentistas, caseros y propietarios de bienes inmuebles y de las tierras del hinterland inmediato de la capital, a los avatares de la inversión comercial prefieren la seguridad de la inversión inmueble en la misma ciudad de Panamá.

Durante el período de auge de los trabajos de construcción del canal intermarino, adelantados por los norteamericanos, el control de la actividad comercial de la ciudad de Panamá por comerciantes extranjeros será aún más vigoroso que en la mejor época de construcción del canal francés. En 1908, la ciudad de Panamá cuenta con 653 establecimientos y empresas dedicados al comercio o a la venta de servicios comerciales de los cuales 82% pertenecen a extranjeros.<sup>1369</sup> El comercio de menudeo, de tiendas al detal, está dominado, casi íntegramente, por comerciantes chinos quienes controlan el 79% de las tiendas al por menor y los panameños sólo el 9%. Esta especialización de originarios de una misma región geográfica en ciertos tipos de negocios comerciales con la exclusión mayoritaria de los nacionales panameños aparece también en la apropiación de 45 hoteles, restaurantes y fondas de la ciudad que pertenecen en un 98% a extranjeros, sobre todo de Europa. Sólo en el negocio de las 18 farmacias y 11 joyerías los panameños tendrán una participación un poco más relevante y sobre todo en el de cantinas y bares: la tercera parte de los 192 establecimientos de este género que funcionan en la ciudad pertenecen a panameños, 10% a españoles, 10% a jamaicanos, 9% a colombianos y 6% a italianos.

En la ciudad de Colón, lugar de mucho menor arraigo, lugar nuevo<sup>1370</sup> de vida más artificial, el fenómeno es semejante al de la capital del Istmo, advirtiéndose que el dominio de los extranjeros, en la segunda concentración urbana del país, dedicados sobre todo al comercio, es aún más aplastante, total.<sup>1371</sup> Allí pululan los aventureros llegados de todas partes para hacer fortuna rápida y algunos tienen éxito: europeos, italianos, judíos, colom-

<sup>1368</sup> Francisco POSADA, op. cit., pp. 269-271.

<sup>1369</sup> Según la explotación estadística del censo comercial de la ciudad de Panamá de 1908 aparecido en el **Boletín de Estadística de la República de Panamá**, t. I, N° 8, marzo de 1908.

<sup>1370</sup> Aparte del comentario ya citado de Henri CERMOISE, op. cit., el de Carl BOVALLIUS a principios de la década de 1880 es revelador: «Pocas ciudades tan vecinas se podrían hallar como Colón y Panamá que ostenten una disparidad tan considerable. Allá casas provisionales de madera, almacenes vastos, calles anchas y un tráfico incansable, acá casonas antiguas y macizas de piedra, gran parte en ruinas, iglesias grandiosas, basílicas vetustos, callejones estrechos, criollos indolentes y negros tendidos en sus hamacas...», op. cit., p. 27.

<sup>1371</sup> Alfredo FIGUEROA NAVARRO, **Dominio y Sociedad en el Panamá Colombiano (1821-1903)**, op. cit., p. 292.

bianos, chinos, estadounidenses conviven, en las dos últimas décadas del siglo XIX, con los ingenieros y técnicos franceses de las obras del canal sustituidos desde principios del siglo XX por los norteamericanos, y algunos panameños que establecen negocios en el lugar, más bien gentes de la capital que van por poco tiempo. Ellos, algunos de los cuales poseen inmuebles o negocios en la ciudad de Panamá, forman la capa superior de esta sociedad inestable, sometida a pesar de su fortuna, de todos modos, a la de la capital del Istmo, de dos a tres veces más grande, en donde se concentra también el poder político. En este Colón de fines de siglo, en 1886 después del mayor incendio que casi acaba con la ciudad, sólo 63 personas o sociedades pagan impuestos sobre propiedades inmuebles mientras que 169 participan de contribuciones comerciales, un tercio de las que encontramos en la ciudad de Panamá el mismo año, dominando solamente cuatro en una escala que va de 3 a 500 pesos: Boston Ice Company que produce hielo, vitualla de lujo en este trópico sofocante, seguido de cerca por S. L. Issac & Asch con 450, Aymes y Compañía con 300 y Doufour y Compañía con 275. Inmediatamente después, con 250 pesos cada uno, tres comerciantes chinos, los más opulentos de su origen en el Istmo: Nin Chong Yu y Compañía, Tuck Chian y Hong Yee Chong,<sup>1372</sup> que forman parte de los 35 que representan el 20% de todos. Fenómeno semejante aunque todavía más extremado sucede en Bocas del Toro, la tercera ciudad de Panamá por su aspecto urbano y el valor de sus inmuebles, bajo el signo de la prosperidad bananera, a fines del siglo XIX y principios del XX, que asemeja un campamento de casas de madera (323 que pagan impuestos catastrales en 1895 en el poblado mismo y otras 202 en Old Bank, Carencó, Bocas del Drago, Chiriquí Grande y Guarumo), más costosas es cierto que las de los otros poblados del interior del país, con los ejecutivos de las empresas agrícolas dedicadas a las grandes plantaciones de bananos y sus comerciantes inmigrantes, que han llegado para hacer fortuna y partir cuando los tiempos no son tan benignos. Así, en 1886 encontramos 39 comerciantes que pagan la contribución comercial entre los cuales el mayor, Wilson Fitzgerald totaliza un tercio de la misma, encontrándonos que entre los 10 primeros todos son extranjeros salvo un colombiano, P. C. López.<sup>1373</sup>

En la ciudad de Panamá, objeto privilegiado de nuestro estudio puesto que ejemplar, por la magnitud como por su importancia para organizar el espacio nacional, los negocios más importantes de importación y exportación y los servicios financieros de bancas y casas de cambio estarán en 1908 también dominados por extranjeros: de los 106 almacenes de mayoristas, 42 pertenecen a europeos, 15 a ciudadanos norteamericanos, 12 a chinos y 28 a panameños; de las 12 empresas más importantes de este tipo, con un capital superior a los 100,000 balboas, sólo 2 pertenecen a panameños. En los negocios más sofisticados de banca y casas de cambio, la participación de nacionales panameños alcanza un lugar ínfimo: una de estas empresas, con capital de 500,000 balboas pertenece a un panameño de reciente nacionalización. El resto de estas empresas, cuyo capital sumado se acerca a los 15,000,000 de balboas, pertenece a extranjeros y en especial la más importante, con un capital de 13,000,000 de balboas, que es propiedad de un banco norteamericano.

Pero no hay que creer tampoco que los negocios que existen en la ciudad de Panamá durante la época de construcción del canal interoceánico por los norteamericanos son herederos directos del siglo XIX. Muchas casas comerciales de tiempos del canal francés

---

<sup>1372</sup> *Gaceta Oficial* de 24 de septiembre de 1886.

<sup>1373</sup> *Gaceta Oficial* de enero de 1886.

han cerrado con la disminución de los trabajos durante los últimos diez años del siglo XIX. Muchos propietarios han emigrado y otros han capitalizado en bienes inmuebles o en oro, en espera de tiempos mejores. Así, a principios del siglo XX, la mayor parte de las empresas y negocios de la ciudad de Panamá han sido abiertos recientemente:<sup>1374</sup> más del 80% han sido establecidos después de 1900. De los 106 almacenes mayoristas, 6 han sido establecidos antes de 1880, 16 entre 1880 y 1889, 14 en la década siguiente y 70 entre 1900 y 1908.

Este creciente dominio del comercio urbano ejercido por burguesías mercantiles extranjeras frustra una de las esperanzas más firmes de las oligarquías criollas que realizan la separación del Istmo de Panamá de Colombia un 3 de noviembre de 1903, pero una serie de acontecimientos políticos vinculados con la expansión imperial de los Estados Unidos y la construcción del canal interoceánico darán un severo golpe a la estructura nacional debilitando el poder de la burguesía híbrida de Panamá de principios del siglo XX, que dominaba, sin rivales, sobre el país entero. A pesar del nuevo vigor de los grupos de comerciantes extranjeros de principios del siglo XX y la autonomía política recientemente adquirida por la oligarquía criolla con la creación de la República de Panamá, la importancia relativa de las clases dominantes del país y su poder de organización del espacio geográfico nacional o de explotación de los recursos del istmo se ven muy disminuidos por la instalación, en el corazón de la región del paso transistmico llamada desde entonces Zona del Canal de Panamá, de una nueva clase dominante de funcionarios coloniales extranjeros que controla el territorio más valorizado del Istmo y que tendrá, hasta 1936, la posibilidad de intervención directa en los asuntos internos de la novel república. Se trata de la cúpula de una nueva población llamada «zonians»,<sup>1375</sup> de los agentes civiles del gobierno estadounidense delegados en la Zona del Canal de Panamá y, desde 1911, también de la oficialidad de sus fuerzas armadas acantonadas en esa región quienes se adjudican un control absoluto de la organización administrativa, política y judicial al mismo tiempo que el monopolio de las actividades económicas comerciales y militares del canal de Panamá y una zona circundante de aproximadamente 1,600 kilómetros cuadrados en sus dos riberas, desde el Atlántico hasta el Pacífico, los puertos terminales de la región del paso intermarino en los dos océanos y algunos barrios de la capital de la República. Además de la exclusión completa de los grupos dominantes de Panamá de todas las decisiones y de las actividades de cualquier tipo que se realicen en la zona anteriormente mencionada, los agentes del gobierno norteamericano tendrán, durante largo tiempo, la posibilidad de limitar considerablemente el poder político de las clases dominantes de Panamá.

Un fenómeno esencial del Istmo de Panamá durante el siglo XX será el de la coexistencia, en su territorio, de dos grupos dominantes paralelos y netamente diferenciados, con posibilidades y funciones también desiguales: las burguesías intermediarias de Panamá, y los funcionarios coloniales de los Estados Unidos en la Zona del Canal de Panamá, en especial los de alta jerarquía, civil o militar. Coexistencia difícil realizada mediante mecanismos complejos cuya evolución institucional ha sido regulada por fórmulas precarias de entendimiento en 1936 y 1955, y cuyo destino definitivo fue decidido por el Tratado del Canal de Panamá de 1977.

Al crearse la república en 1903, una clase dominante más bien urbana, formada por un sector de la oligarquía criolla de la independencia de 1821 —que, ya lo vimos, surge

<sup>1374</sup> Ibidem.

<sup>1375</sup> John y Mavis BIEZANS, *The People of Panama*, Nueva York 1955, pp. 67-77.

esencialmente de la segunda parte del siglo XVIII— y por gente nueva, del siglo XIX, descubre, rápidamente, que no tiene ningún control del uso y de la organización del espacio más importante y valioso, el interoceánico y de la función de tránsito y transporte marítimo internacional, y sólo adquirió control limitado sobre el uso y la articulación del espacio nacional. En esto tiene que compartir poder con los grupos dominantes rurales que tuvo que convocar en la primera Asamblea Constituyente, la de 1904 —que legitimó, más democráticamente, el nuevo gobierno—, que aunque atomizados tienen, por los fenómenos de clientelismo político y la representación legislativa, un peso creciente en los mecanismos de la decisión global. Esta clase dominante, localizada sobre todo en la ciudad de Panamá, que comparte su poder económico, en una posición más bien inferior, con grupos nuevos y más ricos de extranjeros —incluyendo los judíos de la segunda mitad del siglo XIX—, advierte cómo está restringida su capacidad de dominio político interno e internacional y frustradas sus expectativas comerciales y económicas por las estipulaciones de la Convención del Canal Istmico del 18 de noviembre de 1903 celebrada entre la República de Panamá y los Estados Unidos. Esta clase dominante de principios del siglo XX tiende a convertir el nuevo Estado en ente paternalista, protector de un pequeño grupo de la sociedad que detenta el poder político local. De allí nacen dos acciones diferentes pero complementarias para fortalecer el grupo: por una parte y de inspiración liberal, un programa vigoroso de formación profesional de una nueva élite, cerca de 100 jóvenes becados,<sup>1376</sup> panameños de clase media o alta pueblerina y ciudadina enviados en los primeros años, desde 1904 hasta finales de la década de 1910 al extranjero a estudiar en las mejores universidades de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, con dineros producto del acuerdo con los norteamericanos para la construcción del canal de Panamá, que luego se convertirán, en las décadas siguientes, en poderoso grupo de profesionales y políticos que se integraron a la cúpula dominante y dirigieron, en gran parte, los destinos del país hasta la década de 1950. Por otro lado, se observa una inclinación que prosperará a lo largo del siglo XX, de financiar parte de la prosperidad de la clase dominante, a través de una estructura de dominio territorial y social que transfiere, hacia un minúsculo grupo de panameños, parte de las energías y de los recursos generados por la sociedad total, mediante los clásicos mecanismos de la protección: ya sea por la ocupación de gran parte de los puestos públicos, de la burocracia estatal, y en especial los superiores, y, sobre todo, por los privilegios fiscales, financieros y administrativos adoptados en favor de ciertas empresas que actúan más bien como monopolios. Formas de parasitismo caracterizado de pequeños grupos sociales que, además, perturban el libre funcionamiento del mercado al limitar la competencia y obstaculizan la mejor organización del espacio geográfico y su equilibrio interno al concentrar la mayor parte de la riqueza en la capital.

Pero todo eso pertenece a otra época en el estudio de geohistoria que comprende este libro. Forma parte de un Panamá actual que al acercarse velozmente al siglo XXI, dejará atrás una etapa, la tercera, de la geohistoria del Istmo. Eso será particularmente cierto cuando se aumente la capacidad del istmo de ejercer su función histórica de permitir el paso interoceánico, con otras magnitudes incomparablemente mayores que las del siglo XX.

---

<sup>1376</sup> Según las leyes 11 de 1904, 72 de 1905, 48 de 1906 y 2 de 1908.

## CONCLUSIÓN: LA HERENCIA COLONIAL III

«Los geógrafos se interesan en la estructuración regional del espacio: ellos admiten de buena gana que esta se calque en el sistema de relaciones que se desarrollan entre los individuos y entre los grupos»<sup>1377</sup> afirma Paul Claval. Fórmula feliz que sintetiza las más recientes preocupaciones de una geografía humana que aspira a superar la simple descripción del paisaje, por más erudita y prestigiosa que pueda ser. En efecto, la penetrante observación de Claval sugiere un interesante método de análisis, un instrumento importante para plantear, desde una perspectiva diacrónica y por lo tanto con cierta ambición de totalidad, la complejidad y la riqueza del hecho social en su dimensión espacial, cuyo estudio es objeto pertinente de la geografía humana. Porque el solo estudio geo-demográfico o geo-económico no puede, lógicamente, pretender explicar, ni siquiera en parte, la organización del espacio. El ordenamiento, la elaboración inteligente de este espacio de ocupación y de relaciones, de producción y de consumo es, más allá de los datos del medio natural, un producto de la voluntad humana, de los individuos o de los grupos. Pero esa acción típicamente humana, que escapa a la veleitaria concepción de las fuerzas irracionales o a la rígida tentación de los modelos deterministas, se fundamenta en una compleja gama de mitos y de necesidades reales que se yuxtaponen, se complementan y se superponen en múltiples combinaciones. Mitos y necesidades reales. Los primeros heredados y las segundas vividas. Estas en constante elaboración, aquellos prisioneros de una cultura dada. La frontera entre ambos no es, pues, un plano excluyente y en el movimiento emergente de un continente nuevo, en la fabricación del espacio de geografía humana conocido como Istmo de Panamá nos interesa particularmente el problema del origen de los hombres. En nuestro caso mucho se ha insistido sobre el origen racial del poblamiento colonial selectivo para explicar la originalidad de nuestra sociedad. La tesis triunfalista y vagamente alegórica de los esponsales de las tres razas, blanca, negra y amerindia encontraba, en la dosificación desigual y en su dispar localización, el secreto de la organización social y del ordenamiento espacial. Nada podía ser más ingenuo que esta concepción rudimentaria de las relaciones entre el hombre y el espacio geográfico.

La sociedad total de los siglos XVIII y XIX ha sido planteada, en el Istmo de Panamá, según los conceptos de estructuras y de mecanismos de poder de tipo colonial, en poblaciones dominantes y dominadas, en cada una de las cuales se reconocen diversos grupos y capas estamentales con una función específica. Pero a diferencia de otras sociedades más autónomas del continente americano, cuya dinámica interna es menos sensible a efectos externos, la del Istmo de Panamá conoce perturbaciones relativamente notables en cier-

---

<sup>1377</sup> Paul CLAVAL, «Géographie et Anthropologie économiques», en la *Revue Géographique de l'Est*, tomo XI, N° 7, enero-marzo de 1971, p. 60.

tos períodos cuando se afirma una evolución desigual de su territorio y la marcada acentuación regional de ciertas funciones geográficas de producción o de relaciones. La intensidad dispar de penetración de las economías monetarias en los diversos territorios de Panamá y la desigual participación de sus poblaciones en las economías de mercado tendrán efectos diferentes en los movimientos geográficos de población de los siglos XVIII y XIX. En las áreas rurales, la penetración de estas economías de mercado sólo afecta sensiblemente un pequeño sector, de clases dominantes ganaderas e intermediarias, cuya movilidad territorial habrá de ser mucho mayor que la del promedio de la población rural, mientras que en la ciudad transístmica sus efectos tocan todo el cuerpo social el cual es fuertemente afectado por las migraciones externas. De tal forma se va diseñando una geografía de los movimientos de población de tipo colonial que, en su amplia gama de matices, responde a motivaciones esencialmente económicas.

En los siglos XVII y XVIII tanto los grupos dominantes como los dominados son alimentados, aunque con intensidad mitigada, por la inmigración permanente de esclavos y de burgueses, cuyas relaciones están normadas por una rígida legislación y se insertan en la estructura de las instituciones políticas de dominación territorial colonial: la Iglesia, el ejército, la burocracia real y las instituciones municipales. Al mismo tiempo que el grupo de dominados evoluciona y se amplía demográficamente, los grupos dominantes se van arraigando fuertemente para conformar, primero lentamente, luego con rapidez, una típica burguesía criolla que se convierte, finalmente, en la oligarquía panameña del siglo XIX.

Desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XX, con la aceleración de las actividades transístmicas los fenómenos sociogeográficos adquieren una nueva intensidad mediante la inmigración masiva, en el istmo central de Panamá, de obreros, empleados técnicos y comerciantes burgueses extranjeros que superan, numéricamente, los grupos dominantes y dominados ya establecidos en la región. Pareciera que no se encuentran, en estos momentos, a los hombres y grupos necesarios in situ para hacer frente al aumento repentino de las actividades económicas vinculadas con la nueva función territorial.

Sin embargo, a pesar de las transformaciones del poblamiento y de la sociedad, la estructura de dominación de tipo colonial entre los dos grupos jerárquicos permanece prácticamente inalterada. Podríamos preguntarnos ¿si los fenómenos de movilidad socio-geográfica de grupos, estamentos y poblaciones superan, en el Istmo de Panamá, a aquellos de la movilidad social interna o de la lucha de clases? ¿Si la aparición de nuevas funciones geográficas o la intensificación de las ya existentes con la apertura de una región a intercambios mayores con el exterior sólo puede realizarse mediante la inmigración de grupos y poblaciones de dominantes y dominados a esta región, preparados tecnológicamente para asumir la función? Poblaciones que se adicionan, aritméticamente, a la sociedad de la región receptora para llenar un vacío, es decir, para cumplir una nueva función que las poblaciones o los grupos autóctonos no asumen. Poblaciones nuevas que bloquean la evolución de la sociedad hacia una mayor participación de los grupos marginados autóctonos de la sociedad total a pesar de su aumento constante por el crecimiento demográfico natural y frustran las ambiciones de los grupos dominantes criollos cuyo poder es fuertemente disminuido por las nuevas burguesías de mercaderes, agentes, técnicos, militares y burócratas extranjeros.

La explicación de la estructuración del espacio en el Istmo de Panamá exige un esfuerzo de imaginación especial. Es necesario explorar dominios nuevos, plantear hipótesis inéditas y enriquecer los resultados del análisis documental más riguroso. Primero, el problema del origen es, a nuestro juicio, relevante. En efecto, cada hombre trae al Istmo,

de acuerdo de donde viene, un más o menos importante bagaje de tecnologías, de sentimientos, de aspiraciones, en suma el lenguaje de su cultura que supera, con mayor o menor intensidad, el trauma del desarraigo original. A partir de esta base, tratará de recrear un espacio de relaciones en el cual estarán presentes, sin duda, elementos de su herencia cultural y de su experiencia individual. Luego aparece el problema de la cohesión interna del grupo al que pertenece y su forma y grado de sociabilidad. Se distinguen grados diversos en el grupo de aborígenes amerindios, de los pequeños campesinos españoles que se radican con mayor densidad en Azuero, pero que no desdeñan ni Veraguas ni Chiriquí, y aún la región de tránsito, de esclavos africanos coloniales urbanos y rurales, del estamento de burgueses, militares y funcionarios de origen metropolitano. También interesa la evolución de estos grupos originales y la formación de otros grupos: de indios de doctrina, de campesinos marginales, de negros cimarrones, de libertos del arrabal y de la campiña que imprimen su marca original a la sociedad total de los siglos XVII y XVIII durante los cuales la intensidad de la movilidad sociogeográfica, sobre todo externa, es apreciable. Estos fenómenos conocerán, en el siglo XIX, un vigor aún más acentuado, principalmente en la región del paso transístmico en donde llegan grupos nuevos: hombres de origen africano aculturados en las Antillas anglo-sajonas, el grupo de comerciantes extranjeros y pequeños grupos de asiáticos, de chinos particularmente. Luego, desde principios del siglo XX se nota la formación en el territorio ístmico de una estructura y de un sistema paralelos, de los estamentos de funcionarios coloniales, administradores, técnicos y militares norteamericanos de la Zona del Canal de Panamá, limitados geográfica y funcionalmente a un espacio bien definido, que viven en intensa segregación territorial y social, en un auténtico sistema socialista —todo pertenece al Estado norteamericano— y de apartheid racial como no se advierte en ninguna otra parte de Latinoamérica en el siglo XX, en caso extraordinario por lo ejemplar, que también desaparece virtualmente en la década de 1980. Grupos y sub-grupos que se fusionan, que se escinden, que entran en conflicto, en tensiones, que evolucionan hacia la conformación de la sociedad actual.

Pero estos individuos y grupos no se localizan al azar en el espacio ístmico. Ellos tienen, ya sea por elección o por imposición de centros metropolitanos, una función y un objetivo que cumplir. Ellos organizarán un espacio según el sistema de relaciones que deseen imponer los grupos dominantes sobre los dominados, aquellos que detienen los canales de la decisión metropolitana sobre los que son instrumento de sus necesidades. Un sistema que reposa sobre un juego dialéctico de tres grupos principales: los dominantes, los dominados y los marginales. Juego dialéctico es cierto, pero sobre todo desigual. En efecto, el carácter permanentemente dependiente del territorio ístmico explica muchas de las originalidades de su sociedad y naturalmente de la estructuración de su espacio. Dependencia frente a España, Inglaterra y los Estados Unidos que se realiza ya sea directamente ya sea mediante intermediarios coloniales con sede en Lima o en Bogotá. Sin embargo esto último es, a diferencia de vastas regiones especializadas de la América Latina (minerías o agrícolas), de menor importancia. La dependencia entre un espacio de alto valor estratégico y vital para las comunicaciones en el nuevo sistema mundial del mercantilismo y del capitalismo y las metrópolis se realiza mediante mecanismos que no admiten, sino muy débilmente, la presencia de intermediarios sudamericanos. El poder de las metrópolis se ejerce las más de las veces de manera directa sobre el espacio ístmico, a través de los grupos dominantes y aparece en gran parte de los hechos cotidianos y en todos los aspectos que son realmente decisivos. De tal forma, la especialización terciaria (administrativa, comercial y militar, luego financiera) de los grupos dominantes responderá

a los estímulos, es decir se manifestará como respuesta a necesidades del exterior. La distribución cuantitativa, pero sobre todo cualitativa de la población, su organización social y las formas de uso y explotación del espacio del Istmo, responsabilidad de las diversas poblaciones que lo habitan corresponderá, en realidad, a los requerimientos de las necesidades de los espacios centrales, metropolitanos, haciendo así, de los hombres y grupos del Istmo de Panamá marginales del sistema mundial, como parte del poblamiento de un espacio derivado o periférico.

## CONCLUSIÓN GENERAL

La penuria demográfica, la falta de población es la desventaja más pesada, el obstáculo mayor para una más eficiente organización del espacio panameño. En casi cuatro siglos de historia del poblamiento apenas se logra recuperar el volumen humano perdido en la conquista. ¡Sólo a mediados del siglo XIX será alcanzada nuevamente en el Istmo de Panamá la magnitud de la población amerindia, un cuarto a un quinto de millón de habitantes! Las densidades generales a duras penas llegan, a principios del siglo XX, al final de nuestro estudio, a 5 ó 6 habitantes por km<sup>2</sup> y la mitad del territorio, de 75,000 km<sup>2</sup> es prácticamente un vacío perfecto. El espacio es como una camisa enorme que «flota», literalmente, sobre las espaldas de tan débil población. El «desierto humano», como ha sido llamado el istmo en los siglos XVI y XVII continúa, durante largo tiempo, siendo una realidad abrumadora. La lucha heroica del hombre contra el espacio lo condena a triunfos mediocres. En ninguna parte el poblamiento es un dato continuo ni los hombres llegan a codearse realmente; la «tensión» entre el hombre y la tierra no es tampoco suficiente para superar la explotación intensiva, el desmonte superficial, la cría casi natural.

¿Por qué no se ha convertido el Istmo de Panamá, como otras regiones tropicales americanas, en frontera de colonización?

¿Por qué el Istmo, instrumento esencial de desenclave del mundo en expansión, tiene que sufrir las servidumbres de los espacios cerrados?

El lugar que ocupa el Istmo en la economía-mundo es determinado desde temprano: se trata esencialmente de un espacio de relaciones que exige, para realizar su función, una población especializada y geográficamente concentrada cerca de la ruta transístmica. De 20,000 a 30,000 habitantes, un «*numerus clausus*» podríamos decir, son suficientes para asegurar el traslado de hombres y de mercancías, de valores y de información de un océano al otro, durante el primer gran período, del barco de vela y de la recua de mulas, hasta 1850 por lo menos; quizás 50,000 hombres durante el período del barco de vapor y del ferrocarril de Panamá, hasta 1915-1920. Probablemente el doble desde entonces. El resto de la población está, prácticamente, de más para esa función precisa y debe aprender a sobrevivir en otro plano, en otro nivel, en otra dimensión económica y social, cultural, a menos que haga un esfuerzo excepcional para superar ese destino, cosa que hizo, parte importante de ella, en el siglo XX particularmente en las áreas de agricultura comercial para la exportación o en los sectores urbanos más bien terciarios, de prestación de servicios internacionales, entre ellos los comerciales de reexportación y los bancarios-financieros. Hasta el final de nuestro estudio estos hombres son verdaderos marginales de las economías del paso transístmico, débilmente

integrados a las economías de mercado y al régimen demográfico que podríamos llamar nacional resultan, en suma, marginales del sistema mundial al cual se vincula el Istmo por su función terciaria.

El flujo de población alógena de las sabanas del interior del país que contienen, poco a poco, la mayoría de la población colonial y luego nacional, es alimentado por dos fuentes: indígenas aculturados en las «marcas» fronterizas eclesiásticas del guaymí, las llamadas doctrinas de indios, cadáveres culturales de la conquista; y poblaciones residuales de la región de paso entre los dos mares, relegadas a la autosuficiencia de los espacios rurales, durante los períodos de menor actividad transísmica, durante los momentos de coyunturas bajas. Siempre, pues, poblaciones en proceso de degradación económica y también cultural, de desaprendizaje técnico. Hombres condenados al círculo de la insuficiencia del mercado y a la inutilidad de la producción, a omitir todo esfuerzo sostenido que resulte en un aumento de la productividad, a evitar, de manera sistemática, la competencia, aún la más sencilla, en todos los campos, económico, tecnológico y cultural.

Europeos, sobre todo españoles y, en menor número, italianos; africanos del golfo de Guinea principalmente; amerindios, restos locales o regionales de la hecatombe de la conquista y la colonización temprana, además de algunos chinos, franceses y norteamericanos unidos a negros aculturados en las Antillas francesas o inglesas, se encuentran en Panamá para ocupar su espacio, organizarlo y explotar los recursos del Istmo, en particular el más importante, la posición geográfica. Pero ellos, después de haber asegurado una parte de la función transísmica, se convierten en hombres en retroceso, que han desaprendido las técnicas, algo del lenguaje de su cultura original y no han podido superar, en la dialéctica del sincretismo, las primeras habilidades. Viajeros sin bagajes diríamos hoy, condenados a la esperanza ambigua de un nuevo arribaje de hombres con la tecnología necesaria para asegurar el éxito de la función histórica, del paso intermarino, en los momentos de coyunturas altas, en los períodos de auge. Función terciaria paradójal puesto que al tiempo que optimiza la rentabilidad del Istmo se convierte en una «disfunción» al condenar, después de utilizarlas, a las poblaciones sobrantes en marginales del campo y de la ciudad transísmica. Función o disfunción impuesta, es cierto, por las necesidades del sistema mundial que nace en la modernidad.

Los tres momentos o escalones que hemos distinguido en las etapas de la organización del espacio del Istmo de Panamá tienen validez si consideramos la intensidad del paso transísmico en la larga duración; pero estos escalones se matizan al tratar los fenómenos de equilibrio espacial interno. El sistema, al señalar un espacio restringido, el transísmico, en el cual se advierten las influencias del sobremultiplicador de las economías externas relega al resto del espacio del Istmo de Panamá a un papel disminuido y hasta marginal, a realizar una función pasiva, de amortiguador de los esfuerzos de las potencias rivales de la metrópoli hispánica por apropiarse de la vía indispensable. Sin embargo, los amplios movimientos oscilatorios, de pulsación, ritman la dialéctica de la larga y mediana duración entre la zona del paso transísmico y las sabanas del interior rural que miran el Pacífico: una intensificación de la función de tránsito trae como consecuencia la descomunicación relativa con las campiñas y una disminución del papel de sus espacios y de sus poblaciones en el sistema nacional; las selvas del Darién permanecen siempre como una frontera casi mítica, durante toda la época colonial y hasta bien avanzado el siglo XX.

El sector terciario vinculado con el tránsito será, sin duda, el más dinámico y aquel que demostrará, estructuralmente, una mayor productividad, a pesar de sus aspectos aún primitivos hasta las primeras décadas del siglo XX. El excedente que este sector produce

es drenado casi en su totalidad por el exterior, es decir por el Centro, mientras que el aumento exponencial de la capacidad de explotación de la posición geográfica que introduce la innovación tecnológica y el aporte financiero del ferrocarril de Panamá no será suficiente para que la parte del excedente así proporcionalmente aumentada permita que los espacios y las poblaciones relegadas hagan un esfuerzo decisivo para participar en el sistema nacional. No se establece tampoco un sistema estructural de transferencias suficientes hacia los sectores, las poblaciones y las regiones deprimidas y marginales. En ningún momento se logra, hasta el final de este estudio a principios del siglo XX, alcanzar la masa crítica que produzca las condiciones suficientes para introducir la modernización como un fenómeno permanente y el surgimiento rápido de un sistema nacional dominado por la intensidad de los fenómenos evolutivos.

Convertido así en región de frontera interna —y no en frontera de un sistema de civilización más amplio—, el Istmo de Panamá, librado a su propia soledad, se agotó, durante largo tiempo, en un esfuerzo autárquico, en el angustioso empeño de una población que el espacio geográfico ístmico, convertido en instrumento del sistema mundial, condenó de partida y durante largo tiempo, a triunfos mediocres o en ocasiones al fracaso. De tal forma, el sistema mundial, al asignar al Istmo una función específica que se realiza en la región del paso transístmico y por una población altamente especializada destinaba al resto del espacio a la opacidad, a evitar los fenómenos de transparencia o de comunicación, lo obligó a las servidumbres de la autonomía económica de los espacios agrarios y de las poblaciones marginales que en la pequeñez de las economías de escala locales terminaban por ahogar todo esfuerzo productivo. Las condenó, en suma, a elegir entre un esfuerzo desmedido de producción, a una inversión de capital y a un aporte de trabajo excesivo para asegurar los intercambios, para adquirir tecnología y para elevar su nivel de vida o la calma chata de las economías cerradas, de autoconsumo, y el letargo rural revelados por la importancia de los fenómenos demográficos locales que superaron aquellos de carácter general. Al mismo tiempo, este sistema destinaba a las poblaciones sobrantes, es decir a aquellas que ya no tienen cabida en la función terciaria, a cerrarse sobre ellas mismas, a participar débilmente en el sistema de civilización más elaborado al cual pertenecen, a renunciar al sobremultiplicador de las economías externas, de la tecnología agraria, de la memoria colectiva, de la escritura y de la lectura autónoma, en una palabra impide que estas poblaciones puedan apropiarse, para superar su situación, de las formas culturales más avanzadas de la civilización de referencia, de los dominantes. Fenómeno de frontera interna que no desemboca en una mejor organización del espacio, en un progreso de la introspección, en un afinamiento de las habilidades.

¿Es posible pensar que la tendencia involutiva, resultado de un desacuerdo radical entre el hombre y el espacio, entre el hombre y una función geográfica domine a una población mediante el desarrollo de un eficaz sistema mental que la relega al inmovilismo, al rechazo de la innovación, de la modernización en profundidad? ¿Explicaría ello también fenómenos de mentalidades colectivas semejantes a aquellos de los pueblos que sufren del fraccionamiento del espacio y de la incomunicabilidad cultural, quienes creen ingenuamente en su espléndida singularidad? ¿No sería pues, la ambigua y reciente divisa nacional que define a Panamá como «puente del mundo y corazón del universo», además del reconocimiento de la función abierta e indispensable, el patético afloramiento, la resurgencia tardía de una poderosa mentalidad colectiva de las poblaciones autónomas y solitarias? Síntesis incierta de las tendencias hacia la apertura y la interdependencia y por otra parte el aislamiento y la involución, que revela las tensiones y los conflictos de una dualidad que

se afirma cada vez más. Dualidad de mitos, aspiraciones y necesidades más que oposición profunda de poblaciones diferentes. ¿Pero, podríamos advertir, desde principios del siglo XX, una inversión de las tendencias involutivas, la posibilidad del verdadero progreso, de evolución sostenida a largo plazo? El aumento demográfico, considerable es cierto, ofrece un punto de partida, todavía insuficiente, para un poblamiento más denso, para una mayor «tensión» de los hombres y entre ellos y el espacio nacional y, menos aún el internacional al cual se integra, a las buenas o a las malas, el territorio panameño. Al mismo tiempo, el mejoramiento cualitativo de la población, gracias a un esfuerzo notable de instrucción pública, ha logrado desprenderla del dominio casi absoluto de la oralidad a la que la condenaron siglos de insuficiencia educativa y cultural. ¿Es no obstante esto suficiente también para dotarla de las tecnologías modernas y de las formas de espíritu lógico-matemático que sirvan de base y de herramienta para un mayor crecimiento, un mejor desarrollo y el fortalecimiento del hecho nacional en el Istmo de Panamá? A pesar de la incertidumbre de los resultados, aún en los albores del siglo XXI, y gracias a los fenómenos de flujo y de reflujo, a las tensiones económicas, sociales y espaciales producidas por una verdadera explosión demográfica sostenida desde principios del siglo XX y una alfabetización que cuantitativamente ha hecho progresos gigantescos, se advierten retos y mutaciones que sólo planteados bajo una óptica de la mediana y larga duración, de la sedimentación estructural, podrán pesarse correctamente. Pero todo ello es un fenómeno reciente, actual, del período que se inicia al final de nuestro estudio y que podríamos llamar, no obstante la ambigüedad de la expresión, del Canal de Panamá.

Al final de este estudio debemos regresar, en movimiento circular, al punto de partida, a la grave reflexión de Pierre George sobre la geografía como la historia total. Más de cuatro siglos, de principios del XVI a principios del XX cubre este estudio. Tiempo suficiente para que se haya creado, en el istmo panameño, un espacio ya de mediana edad, más maduro en todo caso que aquellos que advertimos en países más nuevos, del continente o de otras partes. Tiempo suficiente para que observemos sedimentaciones estructurales objeto de nuestra atención y que como la arqueología exhuma ciudades superpuestas que surgen sobre los restos de otras más viejas, tratemos nosotros de desenterrar esos paisajes antiguos cubiertos por el peso de un pasado dilatado y denso, a pesar de la penuria demográfica, material y cultural. Puesto que el Panamá que estudiamos es el resultado muy complejo de sedimentaciones diversas, de hombres y de grupos que llegaron, prosperaron y desaparecieron, se esfumaron o se fundieron en una nueva realidad geográfica y humana que los superó en cada ocasión. Fenómenos tan fuertes, tan repetitivos que se convierten en suerte de estructura de este espacio geográfico, de esta pequeña parcela tropical que en el centro del continente americano comunica dos grandes océanos y, a través de ellos, los continentes y los pueblos del mundo. Así el espacio panameño, aunque parta de una construcción original, primigenia, del siglo XVI principalmente, ha sufrido una evolución notable que no sólo es tecnológica sino también humana. Primero tecnológica y monumental, con la construcción del canal de Panamá que modifica, de manera hasta entonces nunca vista en ninguna otra parte del planeta en tan poco tiempo, hasta la geografía física y humana del istmo central de Panamá y determina, poderosamente, la geografía política tan peculiar de nuestro país que surge, por ello, a la vida republicana independiente, con una jurisdicción extraña, hasta 1979, en el corazón del mismo. Pero más allá de los fenómenos asombrosos del siglo XX cuando la fantástica velocidad de la difusión de la información nos abrumba, nos interesa el peso de los hombres y de las modalidades de ocupación del suelo que nos precedieron y que han dejado una

huella perdurable, a veces visible y a veces oculta, pero siempre presente como en todo espacio antiguo, cuyo desconocimiento lleva a los mayores errores para la comprensión de una geografía actual y, peor, para la articulación voluntaria de este espacio en el futuro.

Ese ha sido el fondo de nuestra intención y el resultado de este estudio que presenta un método geohistórico y técnicas analíticas y cartográficas de investigación y una documentación más bien histórica para acercarnos a la mejor comprensión de un país que continúa evolucionando, cuya sociedad, cada vez más integrada, enfrenta un siglo XXI lleno de riesgos pero también de inmensas expectativas, de oportunidades considerables para un pueblo que continúa fabricando un espacio geográfico para adaptarlo a sus necesidades, a una imagen que tiene de sí mismo, para revelar, mediante su forma original de articulación de ese espacio, su auténtica personalidad.

